



Octavio frente a Marco Antonio

La flota romana en la batalla de Actium

Por Antonio García Palacios

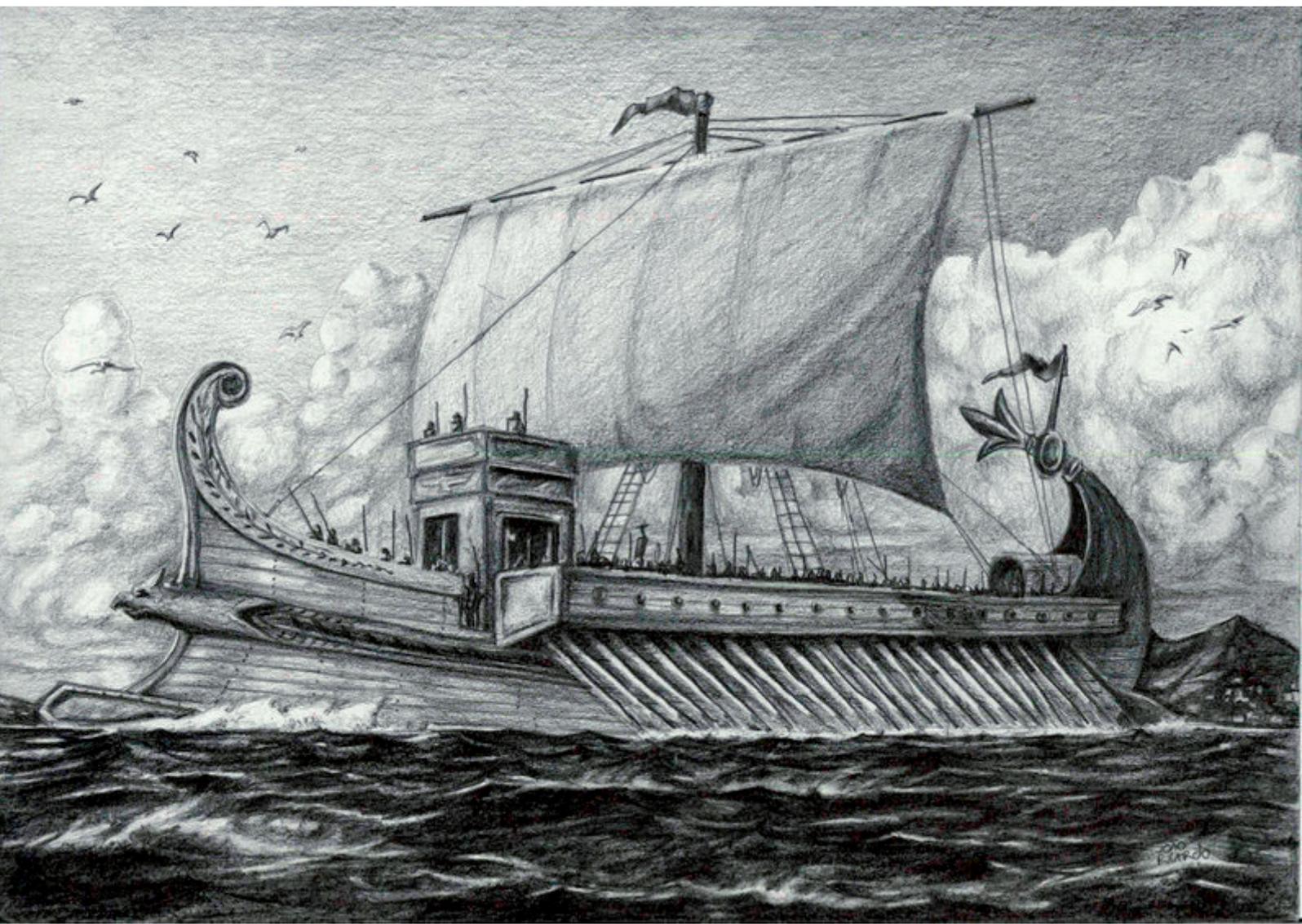
La batalla de Actium, acontecida en el año 31 a.C., constituyó uno de los episodios finales de la convulsa República romana, en un tiempo en el que, de la mano de Octavio Augusto, empezaba ya a despuntar el incipiente proyecto imperial. Desde un punto de vista militar y naval, en Actium se enfrentaron dos importantes escuadras, ambas extraordinariamente dotadas y pertrechadas para un combate en el que no solo se iba a dilucidar el devenir de los dos hombres más poderosos del momento sino también el de la propia Roma.

Durante toda la era republicana y de forma especial en los compases finales de la misma, la flota romana (*classis*) fue adquiriendo una estructura y morfología definitorias, produciéndose embarcaciones cuyas características, particularidades y componentes esenciales se mantendrán prácticamente inalterables a lo largo de todo el Medioevo y buena parte de la Edad Moderna. Según su tipología, las naves de guerra romanas podían dividirse en dos grandes grupos: *maiorisformae*, fundamentalmente galeras, y *minorisformae*, barcos de menor tamaño, por ejemplo, las *liburniae*. Los materiales de construcción más habituales, por su resistencia y disponibilidad en el ámbito mediterráneo, eran el cedro, el roble y el pino.

Las galeras, por lo general, eran propulsadas a remo, aunque también contaban con velamen, desplegado siempre y cuando la fuerza del viento fuese propicia para el avance. Posiblemente

dotadas con mástiles abatibles y desmontables para albergar una tripulación mayor –con frecuencia superior a la que, por cuestiones de seguridad, era recomendable transportar– y más remeros, lo cierto es que estas embarcaciones disponían de numerosas piezas de artillería, en su mayor parte catapultas, que permitían infligir serios daños al enemigo antes de iniciarse el abordaje. Asimismo, y dado que en ocasiones se optaba por la embestida directa, las galeras contaban con un espolón de bronce acoplado a la quilla que hacía posible acometer este movimiento con garantías, minimizando daños en la nave atacante y provocando auténticos estragos en la atacada. Al margen de los remeros, imprescindibles como fuerza motriz y cuya organización en filas y número resulta, todavía a día de hoy, una cuestión difícil de determinar, a bordo de las galeras prestaba servicio una dotación de infantes de marina, diestros en el combate naval y especialmente entrenados para los abordajes en alta mar y los desembarcos en territorio enemigo. Muchas veces, estos soldados se subían a lo alto de unas torres desmontables o *propugnacula*, erigidas sobre el puente de la embarcación. Desde ellas y acompañados por arqueros, aprovechaban la superioridad que les confería la altura para lanzar piedras y proyectiles contra sus adversarios.

Las más pequeñas de todas las naves romanas orientadas al enfrentamiento bélico eran las llamadas *liburniae*. Ligeras y maniobrables en comparación con las lentas y pesadas galeras (con una velocidad máxima de dos nudos o dos nudos y medio por



Galera romana

hora¹), este barco, originario de las costas de Iliria y muy utilizado por los piratas de la región, tuvo un marcado protagonismo en la batalla de Actium. Igualmente, además de los citados navíos de guerra, había otro tipo de embarcaciones que podríamos denominar «auxiliares», como es el caso de las *actuariae*, las *speculatoriae* y las *scaphae*. Se trataba de barcos de refuerzo que, según las fuentes históricas romanas de la época, servían como elementos de apoyo en el fragor de la batalla. Apiano los menciona tomando parte en Mylae, en el 36 a.C., cuando, gracias a su intervención, fue posible socorrer a la tripulación de una de las galeras que se había ido a pique. Las *actuariae*, además de funciones asistenciales, llevaban a cabo labores de exploración y transporte de armamento y municiones. Por su parte, las *speculatoriae* y las *scaphae*, embarcaciones de poco calado y, al igual que las *actuariae*, movidas a remo, eran de gran utilidad cuando los combates se desarrollaban en las proximidades de la costa o en zonas de arrecife donde existía un alto riesgo de encallamiento.

La formación habitual de una flota romana en transición o en los instantes iniciales de un combate naval era en columnas (*agmen*) de cuatro filas cada una de ellas. Avistado el enemigo y plegadas las velas –su voluminosidad limitaba la capacidad de maniobra–, los barcos pasaban a avanzar a remo, configurando un frente de varias líneas (*acies*). Una vez estructuradas las mismas, el ala derecha de la formación, guiada por el comandante de la

armada a la cabeza, pasaba a constituir la vanguardia del ataque, quedando el ala izquierda en la retaguardia del mismo. El gran peligro en este momento era que el frente quedase quebrado, con el consiguiente riesgo de escisión entre vanguardia y retaguardia. Para evitar esta situación, los oficiales al mando de cada nave y, sobre todo, los contraalmirantes, debían obligar a sus respectivos remeros a mantener un ritmo constante y similar al de las embarcaciones contiguas, circunstancia que no siempre era posible. Hay que tener en cuenta que el estado de la mar y las condiciones meteorológicas, en especial el calor, afectaban ostensiblemente a los hombres encargados de la propulsión de las naves, mermando su resistencia. La destrucción de la formación, y el consiguiente caos y desorganización derivados de tal contingencia, eran factores que podían llegar a desequilibrar y decidir una batalla antes de su inicio. En la práctica y aunque no dejaba de ser una variable más en el desarrollo de la contienda, la coordinación de los remeros era una tarea muy compleja, principalmente en el caso de aquellos barcos de mayores dimensiones como, por ejemplo, las galeras. En este sentido, el pilotaje de las embarcaciones exigía un auténtico despliegue de habilidad y destreza por parte del capitán (*naviummagistri*) y el timonel (*gubernator*), quienes debían imponer una férrea disciplina de mando entre sus marineros.

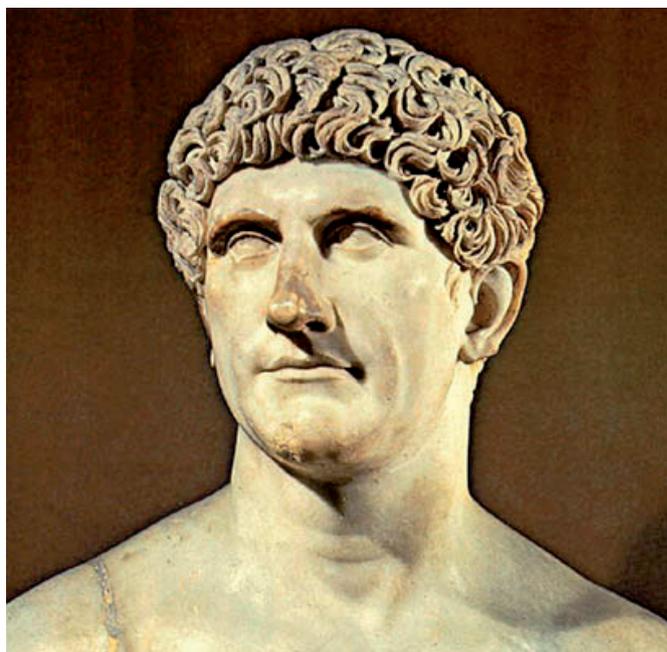
Por lo general, situándonos cronológicamente en tiempos de la República romana, las batallas comenzaban con un choque frontal entre las dos flotas en liza, acción sucedida por un intercambio de

1 1 nudo= 1'852 kilómetros

proyectiles y flechas entre los infantes concentrados en la cubierta de los barcos contendientes. La operación se repetía hasta que los daños que sufría uno de los navíos eran lo suficientemente importantes como para no poder lanzar otra nueva acometida. Llegado este punto, se iniciaban las acciones de abordaje y el combate cuerpo a cuerpo propiamente dicho. No obstante y frente al recurso a la contundencia y la embestida directa, existían una serie de alternativas –igual o más eficaces aún–, producto de la propia herencia de la táctica y la estrategia naval del mundo griego, que hacían de cada enfrentamiento en el mar una disputa con innumerables posibilidades y de resultado verdaderamente incierto. Veamos algunos ejemplos significativos. El movimiento conocido como *periplous* consistía en el envolvimiento de la escuadra enemiga por uno o por los dos flancos, circunstancia que, por una parte, exigía viento favorable y, por otra, naves veloces y ligeras capaces de aprovechar esta ventaja. El *diekplous* era algo más complejo. Perfectamente coordinadas, las galeras de una flota, en vez de formar en línea –posición típica de ataque en batalla–, lo hacían en columna. La embarcación que lideraba la ofensiva, amagando con impactar contra el enemigo, viraba en el último instante provocando la ruptura de la formación rival, hecho que era aprovechado por los atacantes para penetrar en los huecos abiertos en la misma. Por último, también podría citarse la maniobra denominada *anastrophe*, dirigida a la destrucción de los remos opuestos, acción que dejaba al barco damnificado totalmente inmovilizado y en una situación crítica de completa vulnerabilidad.

Estos son, *grosso modo* y en términos tácticos, estratégicos y militares, los aspectos definidores de la flota romana tardorrepública en el momento en el que Octavio Augusto y Marco Antonio decidieron medir sus fuerzas en Actium, protagonizando una de las grandes batallas navales de la Antigüedad. Las relaciones entre ambos, aunque aliados en un principio para vengar la muerte violenta de Julio César, fueron difíciles y complejas desde que, con solo diecinueve años, Octavio llegara a Roma como principal beneficiario del testamento legado por su difunto tío. Heredero y a la vez sucesor del mismo en términos económicos y políticos, el joven latino, pronto supo ganarse el favor de las legiones y de los veteranos de César en Campania y Etruria, al tiempo que aumentaba su fama entre el pueblo, sobre todo tras el reparto de los sestercios que le habían sido adjudicados como dote tras los sucesos acaecidos en los *idus* de marzo del año 44 a.C.

La constitución de un triunvirato con Marco Emilio Lépido –en virtud de la *Lex Titia* del 43 a.C.–, comandante de caballería y sucesor de Julio César al frente del ejército romano desplegado en Hispania y la Galia, no hizo sino incentivar las ansias de gloria y fama de Octavio y Marco Antonio, dispuestos a concentrar todos los poderes del Estado mediante la institución de una estructura de gobierno unipersonal. La Paz de Brindisi del año 40 a.C., permitió reconducir, aunque de forma muy temporal, el complejo panorama político que se había ido gestando tras la muerte del *dictator*, en un escenario en el que el choque de intereses entre los hombres fuertes de la República –Cicerón habló en sus *Filípicas* de Octavio como el gran representante de la tradición republicana– estaba a punto de desencadenar un nuevo episodio de guerra civil, como así terminó ocurriendo. Las conversaciones que tuvieron lugar en Brindisi finalizaron con un reparto territorial que delimitó las zonas geográficas de influencia de cada uno de los triunviros. Marco Antonio recibió Oriente, ámbito en el que ya había venido actuando desde la batalla de Filipos (Macedonia), en el 42 a.C., cuando en el contexto de la Tercera Guerra Civil y junto a Octavio –por entonces



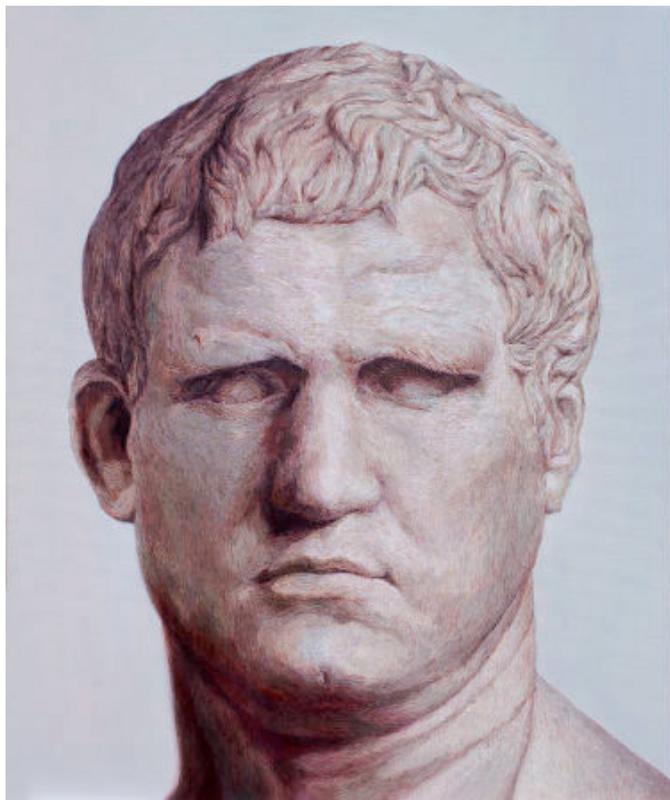
Marco Antonio

con una causa común–, derrotó a los responsables del asesinato de Julio César: Marco Juno Bruto y Cayo Casio Longino. Occidente quedó bajo el dominio del propio Octavio y África pasó a depender de Lépido.

A partir del 36 a.C., Antonio comenzó a afianzar su posición hegemónica en Oriente, acometiendo un conjunto de conquistas territoriales y expediciones militares que le granjearon un gran prestigio como comandante. En una de estas campañas,



Cleopatra. Obra de Michelangelo Buonarroti



Marco Vipsanio Agripa

concretamente en Antioquía, el romano conoció a la mujer que marcaría su destino: Cleopatra VII Filopator, reina faraón de la dinastía ptolemaica en Egipto. Desde entonces, Antonio inició una transformación ideológica. Tras su matrimonio sagrado con la reina egipcia –cuya impopularidad en Roma se acrecentó a pasos agigantados, dada su inmiscusión en el gobierno y por ende en la política de la República en Oriente–, fue haciendo suyos una serie de rasgos propios de los gobernantes helenísticos, presentándose a sus súbditos, aliados y enemigos como un «dios viviente». Apelando a esta condición divina, el triunviro consiguió la sumisión de diferentes reyes orientales con los que fue formalizando una serie de pactos de vasallaje. A través de los mismos y siempre conservando su autonomía política respecto al poder superior, estos monarcas adquirían *de facto* un compromiso (*opera*) por el que debían poner sus armas al servicio de Roma en caso de enfrentamiento bélico con un tercero. Uno de los vasallos de Antonio, por citar algún caso significativo, fue Herodes *el Grande*, en aquellos tiempos rey de Judea.

El creciente poder de su homólogo y rival en Oriente, quien empezó a gestionar sus dominios como propiedad personal –los criterios sucesorios aplicados por el triunviro constituyen una muestra evidente de esta cuestión²–, fue visto por Octavio como una amenaza velada a su posición política y a sus aspiraciones de poder único. Sin embargo, el hecho que verdaderamente le empujó a intervenir de manera directa contra Antonio fueron las operaciones llevadas a cabo por el *magister equituum* en los reinos de Armenia y Atropatene (actuales Azerbaiyán y Kurdistán iraníes), que descuidó la guerra contra los partos, principales adversarios de Roma en el *limes orientalis*. En la capital todavía se recordaba con pesadumbre la batalla de Carrhae, librada en el 53 a.C. y en la que, como indican las fuentes que recogen este suceso, las bajas republicanas ascendieron a veinte mil. El despilfarro de recursos humanos y materiales de Antonio en

Oriente era en aquel tiempo uno de los debates que copaban las reuniones de un Senado que, poco a poco, fue canalizando el descontento, no solo de la casta política, sino también de amplios sectores del pueblo.

Vistas las aspiraciones de Marco Antonio, cuyas conquistas a costa del patrimonio romano no iban dirigidas sino al ennoblecimiento personal y a la configuración de un imperio paralelo con capital en Alejandría –ciudad por otra parte mejor situada estratégicamente y comercialmente que Roma– el Senado decidió actuar, acusándole de traición y desposeyéndole de su condición de triunviro. En un intento de evitar lo que significaría el inicio de otra guerra civil, aunque esta vez con apariencia de enfrentamiento entre Oriente y Occidente, Roma envió cuerpos de representación a Patrae (Grecia) donde Antonio, lejos de mostrarse dispuesto a la resolución pacífica del conflicto, había concentrado al grueso de su ejército. Por entonces, la disparidad de fuerzas entre Octavio y el propio Antonio invitaba a pensar que, en caso de combate, la victoria sería para el segundo. Las cifras que nos han legado los antiguos constituyen un fiel reflejo de esta desigualdad. Comandados por Marco Vipsanio Agripa, hombre de confianza del futuro emperador, Octavio disponía de ochenta mil soldados y cuatrocientas naves frente a los cien mil efectivos y ochocientos barcos que acumulaba el depuesto triunviro, entre ellos doscientas galeras cedidas por Cleopatra³. Asimismo, los ejércitos orientales también superaban a los occidentales en cuanto a disponibilidad de recursos. Ante tal desventaja y con la necesidad imperiosa de financiar su campaña, Octavio tuvo que recurrir a nuevos impuestos, circunstancia que no fue bien recibida en el seno de la sociedad romana y que desencadenó violentas revueltas, protagonizadas en su mayoría por libertos, quizá el grupo más afectado por los gravámenes fiscales. Pese a todo, el joven latino contaba con un punto a su favor: la disciplina de sus hombres, veteranos y decididos en la batalla, y la experiencia de sus oficiales. Es el caso del ya mencionado Agripa, audaz estratega que en los primeros compases de la guerra contra Marco Antonio –nos situamos en la primavera del año 31 a.C.– zarpó con sus naves desde las costas de Apulia, adentrándose en el mar Adriático y arribando en el Epiro. Ya en Grecia, Agripa asestó un duro golpe al enemigo, forzado a ceder las plazas de Metón y Corinto. Estas conquistas se completaron con la toma de Corcira, que permitió a Octavio levantar su campamento en la estratégica posición de Cornaro y, al mismo tiempo, aislar a Antonio en el Peloponeso, quebrando su línea de comunicaciones con Egipto. El rápido avance de las milicias republicanas en territorio griego, más que a la virtud combativa y batalladora de las legiones –por entonces germen del futuro ejército imperial–, debería atribuirse quizá a la propia heterogeneidad y carencias organizativas de la infantería antoniana, integrada por guerreros orientales de todas las nacionalidades. Sea como fuere, lo cierto es que entre los defensores pronto cundió el desánimo, algo que se tradujo en numerosas desertiones tanto entre la tropa como entre la oficialidad. No fueron pocos los que, temerosos ante los logros obtenidos por Octavio en la primera fase de su expedición, optaron por cambiar de bando. Este fue el caso de Quinto Delio, antiguo amante de Cleopatra, y Domicio Enobardo, dos de los mejores capitanes de un Marco Antonio convencido plenamente a estas alturas de la inevitabilidad de un enfrentamiento directo con su gran rival.

Contraviniendo la opinión de uno de sus más brillantes generales, Publio Canidio Craso, partidario de una batalla terrestre en

2 A Cleopatra y Ptolomeo Cesarión, hijo de César, les cedió Egipto, Celesiria, Cilicia, Chipre, Creta y la Cirenaica; mientras que Filadelfo y Alejandro, nacidos de su relación con Cleopatra, recibieron Siria, Asia Menor y Armenia.

3 BERTOLINI, F. (1999): *Historia de Roma: desde los orígenes itálicos hasta la caída del Imperio de Occidente*. Madrid: Edimat Libros, p. 361.



La batalla de Actium (31 a.C.)

suelo macedonio, Marco Antonio prefirió llevar la lucha al mar, decisión difícil de explicar aún hoy. En este sentido, hay historiadores que ven en esta opción la influencia obvia de Cleopatra, deseosa de tomar parte activa en la contienda con Octavio –hay que recordar que había aportado a la flota romana sus propios barcos–. Otros, sin embargo, atendiendo a cuestiones de índole puramente estratégica, defienden que el triunviro y la reina egipcia, al convenir una batalla naval, pensaban que, en caso de caer derrotados –algo que parecía más que probable dado el cariz de los acontecimientos recientes y la fuerza demostrada en Grecia por las huestes octavianas–, reducirían el impacto de la victoria enemiga y, al mismo tiempo, verían facilitada su retirada hacia nuevas posiciones. Acudiendo a las narraciones de Plutarco (Plutarco, *Antonio*, LXIII) ambos argumentos parecen factibles: «Cleopatra logró imponer su opinión de que la guerra habría de ser decidida por la marina, si bien estuviera ya sopesando la posibilidad de huir, y dispusiera sus fuerzas no de modo que pudiesen decidir el encuentro, sino de forma tal que les fuera posible la fuga en caso de perderse aquél».

Iniciado el mes de septiembre del año 31 a.C., ambos ejércitos, con sus respectivas flotas en guardia, velaban armas para

una batalla que, ahora más que nunca, parecía inminente. Octavio ordenó acampar a sus hombres en el golfo de Ambracia, en el Epiro, y Antonio concentró sus fuerzas más al Sur, en la región de la Acarnania, próxima a Actium. En su obra *Augusto: el primer emperador*, Anthony Everitt realiza una magnífica descripción del escenario en el que tuvo lugar el encuentro entre Octavio y Marco Antonio: «A grandes rasgos, el promontorio de Actium, en la costa occidental de Grecia, y el golfo interior de Ambracia (Arta) custodiado por él, se parecen mucho en la actualidad a como eran dos mil años atrás. Una lengua de tierra arenosa llena de maleza a pocos centímetros por encima del nivel del mar, Actium se extiende hacia el Norte hasta una península montañosa de mayor tamaño que se bifurca en dos franjas de tierra. Entre ellas, un estrecho, de apenas 800 metros de ancho, se abre paso desde el mar abierto hasta el golfo, de 40 kilómetros de largo y un ancho de entre 6 y 16 kilómetros [...]. En el S. I a.C., las cosas estaban muy tranquilas. Actium era un centro de pesca de perlas y, al ser un pequeño pueblo en el cabo, era una socorrida parada para los viajeros. Cerca de allí, en la orilla, había un antiguo templo erigido quinientos años antes y una arboleda consagrada a Apolo»⁴.

Con las primeras luces del día 2 de septiembre, la flota de Antonio salió al encuentro de Octavio y movida por el ímpetu de los remeros –el viento no le era favorable en aquellos momentos–, dispuso sus naves en posición de combate, configurando una única línea con ala derecha, centro y ala izquierda. El control del ala derecha y de los ciento setenta barcos que la integraban⁵, fue asumido directamente por Marco Antonio, asignándose el centro a Marco Octavio y el ala izquierda a Cayo Sosio. En la retaguardia de esta formación quedaron las galeras de Cleopatra, tripuladas por mercenarios elegidos para la ocasión tanto por su aptitud física y guerrera como por la «fidelidad» demostrada hasta entonces. No dejaba de ser un peligro que, en caso de empezar a decantarse en enfrentamiento a favor del enemigo, estos mercenarios pudieran cambiar de bando en mitad de la lucha.

Frente al contingente de Marco Antonio, Octavio estableció su propio eje de batalla, situándose él mismo en el ala derecha y emplazando a Lucio Arruncio y Agripa en el centro y el ala izquierda respectivamente. Llegado este punto, la pregunta se antoja evidente: ¿Cuál sería la estrategia a seguir por cada uno de los ejércitos?

Lo cierto es que ambos contendientes, en un intento de desarmar la formación contraria, aspiraban a un mismo objetivo. Antonio, mediante un movimiento envolvente, trataría de desbordar el flanco siniestro enemigo (Agripa). De este modo quedaría abierto un hueco entre las naves que conformaban el centro de la línea octaviana y las que se situaban a su izquierda. Ese vacío sería rápidamente cubierto por las galeras de Cleopatra, que avanzarían desde la retaguardia, partiendo en dos la flota rival. Por su parte, Octavio buscaría hacer lo propio en el ala derecha de la armada contraria (Antonio). No obstante, el éxito de estas maniobras estaba subyugado inevitablemente a las condiciones

4 EVERITT, A. (2008): *Augusto: el primer emperador*. Barcelona: Ariel, p. 211.

5 FULLER, J. F. C. (2010): *Las batallas decisivas del mundo antiguo: de Salamina a la Pax Romana*. Madrid: Gredos, p. 281.



Epitafio de Marcus Billienus, soldado de la XI Legión que combatió a las órdenes de Octavio en Actium

meteorológicas y, en concreto, a la existencia de vientos favorables, vientos que, según las crónicas, no hicieron acto de presencia hasta bien entrada la mañana. Entonces y conscientes de la ventaja que le reportaría la anulación del flanco estratégico de su adversario, Agripa y Antonio entraron en acción, asumiendo ellos mismos el mando de las operaciones e interviniendo de forma directa en el desarrollo de los combates. El choque inicial, en el que el *harpax*⁶ con el que estaban dotadas buena parte de las embarcaciones en liza fue protagonista indiscutible, se decantó del lado de Octavio. Marco Antonio vio desde la distancia cómo algunos de los mejores elementos de su escuadra eran abordados y hechos prisioneros, circunstancia que, en contra de lo esperado, no hizo mella en su afán de lucha. Pese a todo, poco a poco y de manera progresiva, las fuerzas orientales se vieron desbordadas por la maniobrabilidad de la nave de Agripa, cuyos hombres se mostraron letales en el combate cuerpo a cuerpo. Precedidos de un furioso intercambio de pedruscos y flechas de fuego, estos choques dejaron patente la superioridad de los veteranos soldados de Octavio, aguerridos e implacables frente a las huestes de Marco Antonio, mercenarias en su mayoría y ajenas al sistema de combate romano.

Plutarco (Plutarco, *Antonio*, LXVI), nos ofrece una magnífica descripción de este hecho de armas: «La batalla adquirió el carácter de un combate en tierra firme o, para ser exactos, el de un ataque a una ciudad fortificada. Tres o cuatro barcos de Octavio se agruparon en torno a cada uno de los de Antonio, y la lucha se llevó a cabo con escudos de mimbre, lanzas, palos y proyectiles incendiarios, mientras que los soldados de Antonio también disparaban con catapultas desde torres de madera».

El inexorable desgaste de la flota antoniana, eje vertebrador de la línea, hizo que Marco Octavio y Cayo Sosio, tras lanzar por la borda sus torretas de artillería para aligerar la carga, decidieran retirarse de la batalla y poner rumbo a tierra. Mientras, los barcos de Cleopatra izaron velas y, aprovechando un punto de ruptura en la formación enemiga, atravesaron la zona de combate con rumbo Suroeste, adentrándose en alta mar y desembarcando finalmente en Taenarus, en el cabo Matapán. Observando en la lejanía la

⁶ Situado en cubierta, el *harpax* permitía a los barcos atacantes propulsar cuerdas con garfios en uno de los extremos que, clavados en el casco del enemigo hacían posible iniciar una maniobra de acercamiento, reduciendo la distancia entre las naves y permitiendo acometer el abordaje de manera más efectiva.

efigie cada vez más tenue de las naves egipcias y valorando la victoria como algo inalcanzable ya a estas alturas, Antonio dejó atrás los restos de su malograda flota⁷ y emprendió la huida en la misma dirección. Abandonados a su suerte quedaron no pocos soldados que perecieron ahogados o bien blandiendo la espada en los últimos lances de una contienda decidida y en la que las bajas del bando derrotado ascenderían a los cinco mil efectivos⁸. Octavio, careciendo de velas en sus embarcaciones, no pudo sino no asistir impasible a la fuga del enemigo.

Craso, en aquellos momentos todavía leal a la causa de Marco Antonio y con órdenes de emprender la retirada hacia Asia, quedó al frente de un ejército totalmente fragmentado que, contrario a las disposiciones de su general, no dudó en rebelarse contra él, obligándole a huir a Egipto para salvar la vida. Acto seguido, los sublevados se incorporaron a la disciplina de Octavio, decidido a llegar hasta el final en su enfrentamiento con Antonio. Ello exigía la conquista de Alejandría donde el *magisterequituum* se había refugiado al amparo de las once legiones que aún le prestaban servicio. Pese a ello, el otrora victorioso conquistador de Oriente, sumido en la pesadumbre del que ha sido privado de la gloria y profundamente afectado por los sucesos de Actium, no opuso resistencia al desembarco de las huestes de su oponente en el puerto alejandrino. El suicidio de Marco Antonio y poco después de Cleopatra, amantes con un destino indisoluble tanto en la vida como en la muerte –ambos fueron enterrados en una misma tumba–, y el vacío de poder derivado de su repentina desaparición, permitieron a Octavio incorporar Egipto como dominio bajo soberanía de Roma, restaurar (nominalmente) la República y sentar las bases de uno de los mayores y más poderosos imperios de la Antigüedad. En este sentido, el éxito militar romano de los siglos posteriores no puede explicarse sin las aportaciones de Octavio. Quizá, la más importante de todas ellas fue la articulación de una milicia permanente, fiel a su persona y reflejo de su autoridad, instrumento fundamental para poner fin a las disputas internas que, en forma de guerras civiles, habían marcado el devenir político y social de la Roma republicana. Sobre este cimiento de estabilidad y hasta el S. II, ya en tiempos de Marco Aurelio, en un periodo conocido por la historiografía como la *Pax Augusta*, los herederos de Rómulo y Remo comenzaron a abrirse camino hacia un nuevo horizonte, inaugurando una época de esplendor y grandeza que les llevaría a luchar en los confines del mundo conocido y a escribir las páginas más memorables de su Historia.

BIBLIOGRAFÍA

BERTOLINI, F. (1999): *Historia de Roma: desde los orígenes itálicos hasta la caída del Imperio de Occidente*. Madrid: Edimat Libros.

EVERITT, A. (2008): *Augusto: el primer emperador*. Barcelona: Ariel.

FULLER, J. F. C. (2010): *Las batallas decisivas del mundo antiguo: de Salamina a la Pax Romana*. Madrid: Gredos.

GOLDSWORTHY, A. (2011): *Antonio y Cleopatra*. Madrid: La Esfera de los Libros.

SHEPPARD, S. (2009): *Actium 31 BC: Downfall of Antony and Cleopatra*. Oxford: Osprey Publishing.

⁷ Los bastimentos apresados fueron quemados y sus espolones de bronce enviados a Roma para adornar en templo de Divo Julio.

⁸ EVERITT, *Op. Cit.*, p. 223.

TREBUCHET PARK

PARQUE HISTÓRICO DE MÁQUINAS DE ASEDO

www.trebuchetpark.es
info@trebuchetpark.es

+34 656 808 232
+34 978 601 689



GPS

0° 24' 21.20", -1° 25' 43.84

Carretera VF-TE 05 km.1
44100 Albarracín
Teruel